

EL OTRO ALUMBRAMIENTO: MUJERES ESCRITORAS EN LA LITERATURA CHILENA

María Teresa Cárdenas (*)

Los cincuenta años de la muerte de Gabriela Mistral han coincidido con un regalo inesperado para los chilenos: la recuperación, si es que cabe llamarlo así, de todo el material –poemas inéditos, cartas, fotografías, artículos- que permaneció en poder de su albacea Doris Dana. De esta manera, y gracias a la colaboración de Doris Atkinson, sobrina y heredera de Dana, Gabriela Mistral se ha convertido este año en la figura más presente de nuestra literatura. Sólo comparable a la exitosa Isabel Allende quien, después de celebrar los 25 años de **La casa de los espíritus** con una edición conmemorativa, acaba de presentar su nuevo libro, **La suma de los días**, el que, por supuesto, se ubicó rápidamente en el primer lugar de la lista de libros más vendidos. Entre paréntesis, en la misma lista se mantiene desde hace un año **Inés del alma mía**, su novela sobre Inés de Suárez.

Pero, aunque el apoyo de los lectores a Isabel Allende es indiscutido y comprobable a través de estas listas de ventas, Gabriela Mistral ha sido la protagonista del gran hecho literario y extraliterario de este año en Chile. ¿Por qué? Precisamente porque fue NOTICIA. No hay ningún antecedente de que quienes hayan visto o leído con interés los informes sobre el importante hallazgo de material inédito, su clasificación y posterior viaje a Chile, sean lectores de Gabriela Mistral. O conozcan al menos el título de algún poema, de un libro. Pero la noticia salió en los diarios y, lo que es más asombroso, en la televisión.

Así, resulta casi una paradoja el título con el que se ha convocado a esta Feria del Libro. Ausencia de Gabriela Mistral, que está más presente que nunca, aunque sea

(*) Periodista, Universidad de Chile.

Correo electrónico: mcardenas@mercurio.cl

por un rato, y presencia de las mujeres en la literatura chilena. ¿Cuántas de esas mujeres escritoras realmente se conocen? ¿Cuántas de sus obras se leen y son valoradas dentro de la tradición literaria chilena?

En una entrevista a propósito del Premio Nacional de Literatura, al cual por primera vez era postulada formalmente, Diamela Eltit hacía ver el año pasado lo antidemocrática que había sido la otorgación de este premio en sus sesenta años de historia. Sin ánimo –por favor- de promover la paridad en este terreno, cito sus contundentes palabras:

“Aquí han premiado a Mistral, cinco años después de que le dieron el Premio Nobel, eso se llama mostrar la hilacha, no tiene otro nombre; a una escritora muy poderosa que es Marta Brunet, y a otra escritora que tiene una producción que se llama **Papelucho**, en la cual se lee parte de la cultura del país. Y ahí llegamos. Premios de excelencia máxima para mujeres de indiscutible excelencia literaria. Y yo me pregunto si el nivel de excelencia es tan alto en los cuarenta otros premios que se han dado. Más allá o más acá de que se premie a una mujer hay una cosa antidemocrática, entonces, si uno fuera coherente políticamente, yo te diría que los próximos diez premios nacionales se los deberían dar a las mujeres. Para empezar a equilibrar”.

Si hablamos de tradición literaria, el Premio Nacional debería ser la instancia que fijara la excelencia de esa tradición, y claramente, hay nombres de muchas mujeres que se han omitido. La propia Diamela Eltit mencionaba entre las escritoras vivas a Isidora Aguirre y a María Elena Gertner, pero cuántas más, como María Luisa Bombal, Stella Díaz Varín o María Flora Yáñez, podrían haberlo recibido.

Suponiendo que el Premio Nacional quedara reservado sólo para las y los mejores, también ayudaría a garantizar que otras mujeres formaran parte de esa tradición el hecho de que sus obras ya desaparecidas se reeditaran y estuvieran disponibles. En materia de rescate y reedición, parece que las editoriales locales también han optado por los escritores, o por los nombres de mujeres consagradas.

Una saludable excepción ha sido, en este caso, la publicación por parte de Ediciones B de **Cual no sería mi sorpresa** de Violeta Quevedo, personaje singularísimo de nuestra literatura y una de las pocas mujeres chilenas incluidas por el argentino César Aira en su **Diccionario de Autores Latinoamericanos**. “El más honesto de sus lectores no llega a dilucidar si la lee por risa o por admiración – escribe Aira-. De todos modos, su fascinación es ineludible. Fue un personaje casi folclórico entre la clase alta chilena”.

Menos suerte tuvo con las reediciones Magdalena Petit, también considerada, aunque mínimamente, por Aira en su **Diccionario**.

Hace unos años, en la búsqueda de material para un reportaje, encontré en el Archivo del Escritor, uno de sus libros, no recuerdo ahora, pero creo que era **Los Pincheira**, en una edición sencilla y que ya estaba deteriorada. Al abrirlo, encontré un papel en el que la propia autora había escrito algunas indicaciones para cuando el libro se reeditara. Habían pasado por lo menos treinta años de su muerte, y el papel seguía ahí.

¿Quiénes son entonces estas escritoras? ¿Cuál ha sido su aporte a la literatura chilena? ¿Cuánto las han valorado los lectores, los críticos, sus pares?

Una rápida mirada a la realidad actual permite hacerse una idea de la variedad y riqueza de la literatura escrita por mujeres. Aparte de la reedición de **Tala**, de Gabriela Mistral y la publicación de **La suma de los días**, de Isabel Allende, la propia Diamela Eltit, una de las voces más originales de nuestra cultura, publicó este año **Jamás el fuego nunca**, su décima novela. A esto se suma **La grandmother y otros cuentos**, un pequeño libro de relatos de Pía Barros con el que, además, esta escritora y tallerista infatigable lanzó una nueva colección en la que ya se cuentan otros libros escritos por mujeres. También este año aparecieron **La preciosa vida que soñamos**, libro de relatos de Sonia González, y la novela policial **Asesinato en la Moneda**, de Elizabeth Subercaseaux. Y entre las más jóvenes, Alejandra Costamagna resultó finalista del Premio Planeta/Casa de América con una novela que debería aparecer en los próximos meses, mientras que Lina Meruane y Nona Fernández ya tienen sus respectivas novelas en imprenta. Sin olvidar a Andrea Maturana y su libro de cuentos **No olvidar**, premiado este año por el Consejo del Libro. En poesía, Malú Urriola, que ganó el año pasado el Premio de Poesía Pablo Neruda, acaba de publicar un nuevo libro, uniéndose a las voces de Carmen Berenguer, Gladys González, Nadia Prado, Cecilia Palma, Delia Domínguez...

¿Hay una variedad así de propuestas en lo que están escribiendo hoy los hombres?

A grandes rasgos, y tal vez superficialmente, podríamos decir que así como no hay ningún escritor chileno, ni latinoamericano, que sea tan leído como Isabel Allende, ya que el propio García Márquez publica menos y no ha tenido tanta repercusión con sus últimos libros, tampoco existe en la actualidad un escritor chileno vivo que despierte el interés de académicos y especialistas a tal punto de que se organicen en el país y en el extranjero coloquios en torno a su obra, como es el caso de Diamela Eltit.

Pero esta literatura no acaba de nacer y habría que preguntarse entonces desde cuándo existe.

Yendo a los orígenes de la prosa y de la poesía escritas por mujeres, nos encontramos con que sus precursoras son nada menos que dos monjas de claustro del tiempo de la Colonia: Sor Úrsula Suárez y Sor Tadea García de la Huerta. Sor Úrsula, que fue monja clarisa y vivió entre los años 1666 y 1749, escribió en forma de relatos sobre su infancia y su vida conventual, pero lo que es más interesante, contribuyó a delinear el Santiago colonial, sin dejar de lado curiosas costumbres, como la de los “endevotados”, galanes que sin importar su edad, visitaban a las monjas en sus claustros.

Hay que destacar que tanto ella como Sor Tadea, a quien debemos los primeros trazos de la lírica, contaron con la anuencia de sus superiores para la escritura y que incluso, fue el propio confesor de Sor Tadea quien le entregó a la familia de la monja su poema “Inundación del Río Mapocho”, para que fuera publicado, en 1784. Sor Tadea, que vivió entre 1755 y 1827, fue testigo directo del desborde del río en 1783,

ya que las aguas llegaron hasta el mismo Monasterio del Carmen de San Rafael. Mucha gente acudió en ayuda de las monjas, y eso también quedó estampado con gracia en el poema:

“...pero es lo menos sensible
Comparándolo al tormento
Que toleramos al ver
El gentío tan atento
Cuando en brazos de los peones
Nos transportaban sin tiento
Y a unas las tomaban mal
Y a otras las echaban al suelo
Y algunas bien embarradas
Eran de la risa objeto...”

Ya fuera de los claustros y en pleno siglo diecinueve, Mercedes Marín del Solar es considerada la primera poetisa chilena gracias a su “Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales”, publicado el 18 de julio de 1837 en el diario *El Araucano*, sin firma. Y más allá de sus escritos, reunidos de manera póstuma por su hijo, Mercedes Marín fue en su tiempo una líder femenina de la cultura, impulsando desde su lugar de privilegio social la educación de la mujer y la igualdad de la enseñanza.

Entre 1860 y 1870 se publica la obra de Rosario Orrego de Uribe: **Alberto el jugador**, que su autora firma con el seudónimo de “una madre”, **Los buscadores** y **Teresa**. Todas de corte realista, sus obras la acreditan como la primera novelista chilena, quien cuenta además con una abundante obra poética y periodística, siendo incluso fundadora de la *Revista de Valparaíso*, donde colaboraron destacados escritores chilenos y extranjeros.

Tanto Mercedes Marín y Rosario Orrego, así como otras mujeres que escribieron en ese período, cuentan con una educación privilegiada y el dominio de otros idiomas, por lo que no es extraño que muchas de ellas, en el paso del siglo XIX al XX, empiecen por traducir obras ajenas que las han conmovido o deslumbrado, antes de atreverse a escribir las propias. Una cosa era que recibieran educación para ser buenas anfitrionas en los salones y desenvolverse con facilidad en los viajes, y otra es que aprovechen esa educación para entrar en un terreno reservado o monopolizado hasta ese momento por los hombres.

Y es precisamente en ese periodo de entresiglos cuando empiezan a surgir las figuras más interesantes de la literatura escrita por mujeres, quienes publican muchas veces con seudónimo, pero se transforman además en tempranas líderes feministas, colaborando en el periodismo y participando, a través del Club de Señoras y del Círculo Femenino de Lectura, en discusiones que van mucho más allá de lo literario.

Es la época en que escribe Mariana Cox Stiven, Shade, autora de numerosos y controvertidos artículos, muchos de ellos censurados. Amigo y admirador de la escritora, Hernán Díaz Arrieta, Alone, cuenta en su libro **Pretérito imperfecto** cómo Shade le mandaba a él los artículos para que se los entregara al director eclesiástico del diario *La Unión*, de propiedad del arzobispado. “Don Carlos Casanueva, censor

estricto –escribe Alone- le aplicaba un criterio inquisitorial. Muchos los devolvió conmigo cubiertos de duras observaciones”.

En sus dos obras publicadas, **Un remordimiento** y **La vida íntima de Marie Goetz**, Mariana Cox interpela a la sociedad burguesa a la que pertenece, poniendo en duda todo lo que hasta ese momento era considerado absoluto e inamovible, las costumbres, la religión, la maternidad.

Pero quien de verdad sobresale en este escenario es Inés Echeverría Bello, Iris, nieta de Andrés Bello y miembro de la alta sociedad santiaguina. Tan sorprendente y polémica es su figura, que ha dado origen a numerosos estudios y libros, como el de su sobrina Mónica Echeverría: **Agonía de una irreverente**, publicado en 1996. Recién el año 2005 apareció la primera parte de sus **Memorias**, un libro de casi 600 páginas que una de sus nietas se decidió finalmente a publicar y que estuvo algunas semanas en la lista de los más vendidos.

En 1904, Inés Echeverría publicó su primer libro, **Hacia el Oriente**, y tuvo a su cuarta hija. El libro, fruto de sus viajes y sus reflexiones, apareció sin firma. “Mitad por modestia, mitad por coquetería, escondo mi nombre”, escribe en sus memorias, aunque reconoce que hay otra razón: “Quiere ir anónimo, quizás para penetrar en ciertas almas enemigas mías o a quienes mi personita frívola y vanidosa inspira poca fe”. En la cerrada sociedad santiaguina de principios de siglo, Inés Echeverría ya había escandalizado con sus artículos y opiniones. Abominaba de la situación de la mujer de su clase, sometida por la autoridad del marido, pero también por su propia comodidad y conveniencia, a una vida puertas adentro y carente de instrucción formal. Adelantada a su época, visionaria y feminista, terrenal y mística, Iris parece haber abarcado todas las posibilidades de una sensibilidad que se debatía entre pasiones encontradas y diversas. Decía adorar a sus hijas, pero culpaba a la maternidad de sus enfermedades nerviosas, de las que iba a recuperarse a Europa; era femenina y vanidosa, pero combatía la estrechez mental de las mujeres de su clase; católica de origen, creía en la reencarnación y buscaba sus propios caminos para conectarse con el más allá, dedicándose al estudio de la teosofía y practicando el espiritismo. Con esa misma pasión, declaraba su amor por la cultura francesa al mismo tiempo que manifestaba su admiración por el pueblo alemán, simpatizando incluso con el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

De su vida tampoco estuvo ausente la tragedia, como fue la muerte de su hija Rebeca, asesinada por su marido. El dolor, pero también la culpabilidad por haber descuidado a esa hija llevaron a Iris a escribir el libro **Por él**, donde narra minuciosamente el caso, pero además, según escribe Alone, “lanza unas luces turbadoras sobre la intimidad de los hogares aristocráticos”.

Es curioso cómo esta mujer bajita logra remecer a la sociedad de su época con sus dichos y opiniones, abogando en los primeros años del siglo veinte por la educación de la mujer y por una ley de divorcio.

Imposible no relacionarla con otra mujer chilena, bajita, que en los años sesenta reclamaba los mismos derechos a través del periodismo y que hoy es reconocida en todo el mundo por sus libros.

Entre ellas, todo un siglo de escritura de mujeres que es imposible abordar en este momento, aunque quizás baste con algunas luces.

A la hora de definir el aporte de las mujeres escritoras a la literatura chilena, el profesor y crítico José Promis da una respuesta que de tan obvia, según él, ya es un cliché: "Ellas miraron y analizaron poéticamente desde la periferia, como se dice hoy, los asuntos que habían sido siempre contemplados desde una perspectiva masculina, y por lo mismo, ofrecieron una realidad alternativa".

En ese sentido, José Promis distingue tres grandes etapas en la literatura del siglo veinte e inicios del veintiuno: "Yo creo que claramente hay tres generaciones y cada una ha tenido una práctica diferente: la proyección de la maternidad sobre el mundo, por ejemplo en el caso de la Mistral, y las desesperaciones que desarrollaron las damas de la alta sociedad de los años veinte; los espacios bloqueados y deseos de huida de un segundo grupo, entre las que se encuentran María Luisa Bombal, Elisa Serrana y otras; y las actuales, entre las que habría que distinguir aquellas que efectivamente tratan de dar una visión alternativa, como Diamela Eltit o Pía Barros, Alejandra Costamagna, Juanita Gallardo, Ana Vásquez, Ana María del Río, y otras que trabajan más con fórmulas o slogans, como por ejemplo Lucía Guerra". Por último, dice Promis, "yo creo que las buenas escritoras chilenas actuales ya no plantean tanto problemáticas, sino desafíos al establishment".

Y es precisamente en el análisis de esa visión alternativa de la realidad y en la inclusión de temas ignorados por la literatura escrita por hombres donde pone el acento la crítica feminista, desarrollada en Chile a partir de los años ochenta a través de los distintos programas de estudios de género.

Si tomamos entonces a ese primer grupo, al que pertenecen Gabriela Mistral e Inés Echeverría, aunque difícilmente puedan existir dos personas más diferentes entre sí, es de toda justicia nombrar también, por su calidad literaria y la elección de los temas, a Marta Brunet. Nacida en Chillán, es conocida la anécdota según la cual ella le mandó una carta al crítico Alone para encomendarle la lectura de algunos poemas. Alone desechó los poemas, pero en cambio la incitó a escribir prosa. El resultado fue la novela **Montaña adentro**, publicada en 1923 y recibida con el más absoluto entusiasmo de Alone, que se convirtió prácticamente en su padrino. Tanto así que, para destacar aún más la precocidad de esta escritora, no dudó en cambiar la fecha de su nacimiento. En la **Historia Personal de la Literatura Chilena**, se lee: Marta Brunet, 1904, en circunstancias que había nacido en 1897.

(Este cambio de edad contó con la aprobación de Marta Brunet quien le aclaró esta incógnita a Pedro Lastra a principios de los años sesenta).

Alone escribe con entusiasmo: "La literatura femenina empieza a existir seriamente en Chile, con iguales derechos que la masculina, el año 1923, cuando aparece **Montaña adentro**, de Marta Brunet. La sorpresa de todos fue grande. Se esperaba una novelita de una señorita muy compuesta: se halló una recia obra, audaz, sólida, hecha de duros metales, inatacable en su brevedad; el dominio de la lengua, castiza y sabrosa, competía allí con el conocimiento de la vida".

Un comentario exultante, en el que la crítica feminista ha detectado una "auténtica

clave ideológica". El contraste entre lo que el crítico esperaba y lo que la novela ofrece "revelan –según Haydée Ahumada- un esquema de pensamiento que se asienta, firmemente, en la oposición binaria de los conceptos masculino y femenino". Más bien, creo que Alone estaba feliz de haber acertado como otras veces en su apuesta.

Tal como lo afirmó, y lo demostró en sus largos años de ejercicio de la crítica en *La Nación* y *El Mercurio*, para él: "La creatividad es la base de la función del escritor, y no tiene sexo, un autor no es ni hombre ni mujer. Sólo es inteligente, sensible y creador". Una opinión compartida por el crítico Ignacio Valente quien se resiste a hacer diferencias de género: "Los que realmente no somos machistas no nos damos cuenta si el autor es hombre o mujer. Le exigimos todo al libro".

Por el contrario, la crítica feminista distingue perfectamente los géneros, y en el caso de la obra de Marta Brunet, por ejemplo, Haydée Ahumada rescata "aquel signo extraordinario que se configura cuando la mirada de la mujer cruza la perspectiva criollista y logra fijar en el discurso los estereotipos femeninos que se ofrecen, nítidos y transparentes, en el conservador reducto del espacio rural". Claramente, Marta Brunet aporta una visión del campo, de sus habitantes y particularmente de la mujer, muy diferente de la que entregaban sus compañeros de generación y de escuela, encabezados por Mariano Latorre, el padre del criollismo chileno y a quien, hay que decirlo, Alone detestaba.

Curiosamente, Marta Brunet comparte con Gabriela Mistral el apoyo irrestricto de Alone, la misión diplomática y, sobre todo, un sentido maternal sublimado en parte de su literatura. Los poemas y rondas de la Mistral y los "Aleluyas para los más chiquititos" de Marta Brunet, así como la trascendencia de sus respectivas obras, las convierten en madres universales de los hijos que no tuvieron.

Sobresale también en esta primera etapa del siglo veinte Amanda Labarca quien, aunque tuvo una escasa producción narrativa, cumplió una notable labor como ensayista, educadora, fundadora y directora de colegios e institutos, catedrática e integrante del Consejo Universitario. Sin dejar de lado la fundación en 1915 del Círculo Femenino de Lectura, la primera organización secular de mujeres, de la cual fue secretaria general hasta 1919. Ese año se fusiona con el Club de Señoras, fundado por Inés Echeverría, lo que da origen al Consejo Nacional de la Mujer, que Amanda Labarca preside hasta 1925.

En las antípodas se encuentra Teresa Wilms, un nombre casi mítico de nuestra literatura, por su belleza deslumbrante, su existencia azarosa y su trágica muerte, a los 28 años. Publicó cinco libros de relatos, pero más que su obra sigue despertando interés el misterio de su corta vida.

También murió tempranamente, a los 37 años, María Monvel, seudónimo que ocultaba la identidad de Tilda Brito Letelier. Directora de una revista y traductora, fue sobre todo una gran poeta, reconocida por sus pares e incluida, por lo mismo, en la célebre antología **Selva Lírica** de 1917.

Ya en los años treinta surge la voz inconfundible de María Luisa Bombal que, con sólo dos novelas y algunos relatos marca un cambio rotundo en las técnicas

literarias y modifica al mismo tiempo el formato realista de la literatura escrita por mujeres. Vale la pena citar también el entusiasmo con el que Alone la incluye en su **Historia Personal de la Literatura**: “¿Dónde aprendió esta joven de sociedad, en qué escuela, con cuál maestro, su arte que parece inmemorial e impalpable, esa lengua que lo dice todo y no se siente, que hace ver, oír, saber de una manera como milagrosa, entre angélica y diabólica?”

Antes de continuar la cita, y respondiéndole con años de retraso a Alone algo que él tenía perfectamente claro, conviene recordar que María Luisa Bombal recibió la mayor parte de su educación en Francia, hasta donde viajó después de la muerte de su padre, cuando ella tenía alrededor de diez años. Sus estudios culminaron en la Universidad de la Sorbona, donde recibió un título en literatura francesa.

Sigue entonces la cita de Alone: “**La última niebla, La amortajada** y otro relato más, los tres muy breves, han bastado para que los más rigurosos críticos la estudien, no sin asombro. Ahí está la vida; pero también está el sueño; no se distingue, a veces, si lo que cuenta es cierto o lo ha inventado, si está hablando realmente o en trance creador. (...) Antigua y moderna, tiene antepasados en la antología griega, en los remotos líricos, no menos desnudos e inocentes, al par que se codea con las escuelas vanguardistas, mezclada a sus filas sin sorpresa”.

“El pago de Chile”, tituló Ignacio Valente su comentario publicado inmediatamente después de la muerte de María Luisa Bombal, en 1980. Ese año, el nombre de la escritora figuraba nuevamente entre los candidatos al Premio Nacional de Literatura, un reconocimiento que desde hacía mucho tiempo ella esperaba con ansiedad. En agosto, el jurado tuvo un problema menos a la hora de decidir. Y si una de las razones –o sinrazones– para no darle el premio antes fue la escasez de su obra, con el tiempo ésta ha ido creciendo en consideración crítica e incluso ha sido rescatada íntegramente en un libro a cargo de Lucía Guerra y publicado hace algunos años por Editorial Andrés Bello.

Sin duda, María Luisa Bombal marca un hito entre las escritoras de su época, como María Flora Yáñez, Marta Jara, Magdalena Petit y otras. Pero es a partir de la década del 40 cuando se produce lo que algunos estudiosos han caracterizado como una eclosión de la literatura escrita por mujeres. Son años marcados por la guerra civil española y la segunda guerra mundial, pero también por la lucha de las mujeres por la igualdad, la que alcanza un punto máximo en 1949, cuando en Chile se consagra el derecho a voto femenino. Esta reafirmación básica de sus derechos políticos tiene una expresión también en la literatura, un terreno en el que las mujeres se mueven con destreza y sin culpa, acudiendo, quizás por lo mismo, mucho menos al seudónimo.

Quien sí lo usa es María Carolina Geel, figura enigmática de nuestra literatura quien, después de haber escrito a fines de los años 40 **El mundo dormido de Yenya y Soñaba y amaba el adolescente Perces**, dos novelas que exploran el erotismo y que reciben el respaldo no unánime de la crítica, protagoniza el homicidio de su amante y es encarcelada. Múltiples gestiones de amigos escritores culminan con su liberación después de tres años. El resultado es el crudo testimonio de su libro **Cárcel de mujeres**,

prologado por el propio Alone. Publica un libro más, **La huída**, en 1961, y asume el silencio literario, hasta su muerte, ocurrida en 1996.

Muchas de las narradoras y poetisas que empiezan a publicar en esos años serán reconocidas como parte de la emblemática generación del 50. María Elena Gertner, Margarita Aguirre, Stella Díaz Varín, Cecilia Casanova, entre otras, exhiben sus dotes literarias a la par de sus compañeros de generación y exploran, como ellos, formas y temas más audaces.

Nuevos nombres se suman en la década siguiente, la de los revolucionarios años 60. Elisa Serrana, Mercedes Valdivieso, Marta Blanco asumen sus propios caminos de búsqueda, poniendo el acento en esa realidad no vista por la mirada masculina, donde conviven, muchas veces en tensión, la intimidad de la mujer y el rol cada vez más activo que cumple en la sociedad. En poesía, en tanto se empiezan a oír las voces de Delia Domínguez y Rosa Cruchaga, entre otras.

El triunfo de Salvador Allende y el golpe militar marcan un cambio rotundo en la cultura chilena, lo que sin duda afecta a la literatura escrita por mujeres. El exilio, la censura y la desaparición de la industria editorial imponen un silencio que empieza a ser combatido tímidamente a través de los talleres literarios. A fines de los ochenta, el tejido cultural lucha por recomponerse, y la literatura vive un florecimiento con la llegada de los escritores exiliados, la publicación de obras que habían permanecido inéditas y el despertar de nuevas voces. El hecho coincide con la aparición de dos suplementos literarios: *Literatura y libros* del diario *La Época* en 1988 y *Revista de Libros* de *El Mercurio*, en 1989, el que, quizás como una señal de los nuevos tiempos, publica en su primer número una entrevista a Elizabeth Subercaseaux y la crítica de Ignacio Valente a su novela **El canto de la raíz lejana**.

Para el crítico Javier Edwards, es en esos años “cuando se comienza a escribir una literatura propiamente femenina, original, poderosa, incisiva, diversa en sí misma”.

Buscando una síntesis de lo que identifica la escritura reciente de nuestras mujeres, Edwards afirma que “el tema central –tratado de una y otra manera- es el poder, la relación de lo femenino con el poder, ejercido éste en la pareja, en la familia, en la sociedad, en el trabajo, en la política. Con mayor o menor precisión, las mujeres se abren a la escritura para articular una denuncia que tiene que ver con una revancha del género frente al silencio precedente, pero también con el ánimo de legitimar una mirada autónoma, distinta, sobre un mundo que antes sólo era explicado desde la mirada masculina”.

Y da algunos ejemplos: “la violencia que habita en los cuentos de Pía Barros; las novelas políticas de Ana Vásquez; las indagaciones sobre el poder y lenguaje, sobre género y realidad que se instalan en los textos de Diamela Eltit; el retrato de la mujer promedio en los textos de Marcela Serrano; la escritura fragmentaria que se desarrolla en los textos de Lina Meruane, Lilian Elphick, Nona Fernández; la historia reformulada en **La Emperrada**, de Marta Blanco, novela que le permite a Constanza Nordenflycht, la amante de Portales, adquirir una voz que la historia oficial le había negado”.

Qué lugar ocuparán estas escritoras recientes en la tradición literaria chilena es, por el momento, una incógnita. Sólo invito a leerlas a ellas y a sus antecesoras para disfrutar y para reconocer la riqueza de una literatura que ha podido reunir en sus filas desde la poesía popular de Violeta Parra hasta las narraciones aparentemente ingenuas de otra Violeta, la Quevedo. Desde la experimentación del lenguaje llevada al límite por Diamela Eltit hasta la asombrosa facilidad narrativa de Isabel Allende. Desde el realismo de Marta Brunet hasta la envolvente niebla de María Luisa Bombal... Así, desde aquellas primeras monjas que escribieron en el claustro, hasta las voces más recientes y jóvenes, las mujeres chilenas han dado a luz una obra que no hace más que enriquecer nuestra tradición literaria.

Y ésta es una gran noticia.